



Retrato de Juan Larrea de autor desconocido, hacia 1926. Colección particular.

JUAN  
LARREA

EPISTOLARIO

Cartas a David Bary

1953-1978



*Edición de*

JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

Este libro es resultado del proyecto



desarrollado por

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS  
[INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA]



**Residencia de Estudiantes**

financiado por el  
**MINISTERIO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA**

Para la edición de este volumen se ha contado con la colaboración de



Director de la colección: José-Carlos Mainer  
Diseño de la colección: Montse Lago  
Revisión de textos: María Serrano  
Maquetación: Cromotex  
Impresión: Artes Gráficas Palermo  
Encuadernación: Ramos, S.A.

© de los textos de Juan Larrea: HEREDEROS DE JUAN LARREA  
© de la introducción y las notas: JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU  
© de esta edición: AMIGOS DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES, 2004

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento —incluyendo la reprografía, el tratamiento informático o cualquier otro procedimiento presente o futuro—, sin la autorización escrita de los titulares del copyright y de la Residencia de Estudiantes.

ISBN: 84-95078-21-X • Depósito Legal: M-23087-2004

# ÍNDICE

## Introducción

JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU

XI

## Bibliografía (selección)

LIII

## Cronología de Juan Larrea

LXI

## Epistolario

I

## Índice cronológico de cartas

209

## Índice onomástico

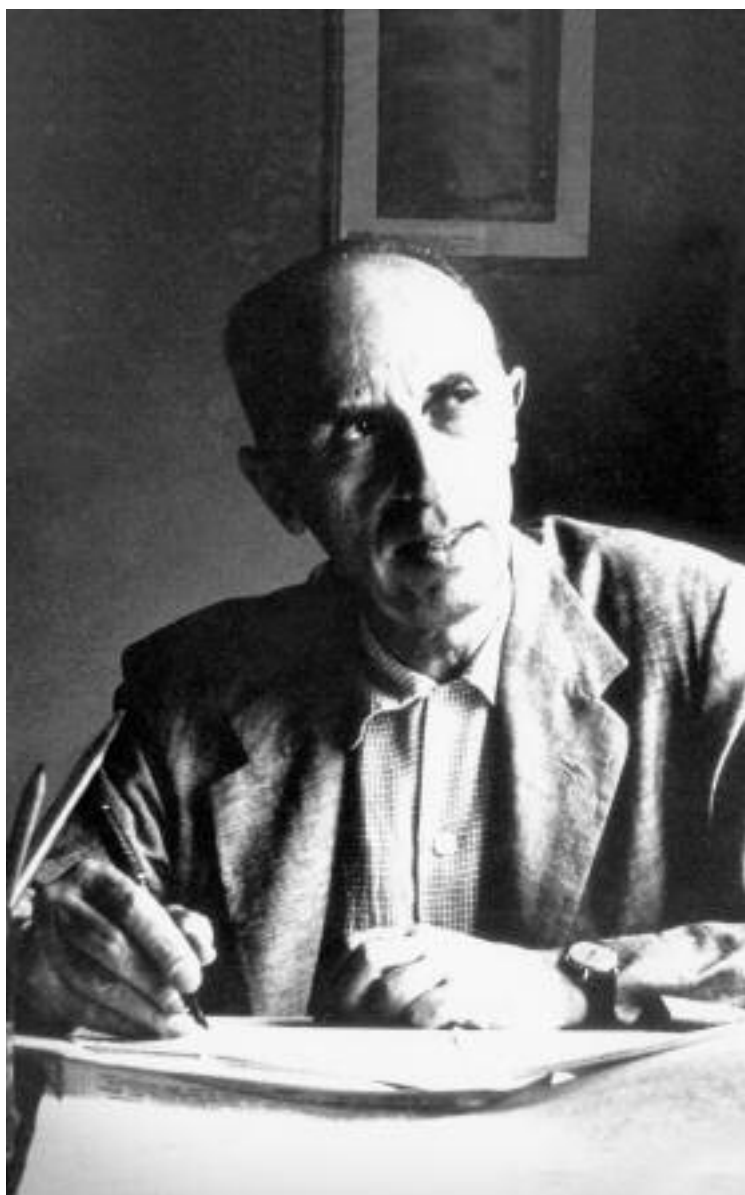
213

PROYECTO EPÍSTOLA

226



David Bary en Berkeley, hacia la primavera de 1952. Al año siguiente inició la correspondencia con Larrea.



Juan Larrea en Nueva York, 1955.



## INTRODUCCIÓN







**E**ntre las cartas de los poetas del grupo del 27 que poco a poco van conociendo edición, las que cruzaron estos en su edad madura con estudiosos de su obra tienen, me parece, un interés especial para el investigador. Quienes integramos lo que podríamos llamar una segunda generación de hispanistas dedicados al estudio de aquel periodo y no tuvimos la fortuna de conocerlos personalmente o de poder cartearnos con ellos, seguimos a menudo las huellas de quienes nos precedieron en tales indagaciones. Cuando la amistad generosa de alguno de ellos o de sus herederos nos ha permitido conocer o hasta publicar las cartas en que se inscribió su relación con los poetas, nos llaman la atención las informaciones abundantes y detalladas que contienen. Es el caso de las cartas que he recogido en este volumen, las que escribió Juan Larrea a David Bary, pero también de las que se escribieron Emilio Prados y José Sanchis-Banús, que edité hace unos años<sup>1</sup>. En otro

<sup>1</sup> José Sanchis-Banús/Emilio Prados, *Correspondencia (1957-1962)*, ed. de Juan Manuel Díaz de Guereñu, Valencia, Pre-Textos, 1995.

lugar tuve ocasión de analizar conjuntamente ambos epistolarios, a los que denominé «tardíos» y que creo presentan algunas peculiaridades notables y compartidas con otros de similares circunstancias.<sup>2</sup>

El calificativo alude, claro está, a la situación personal de los poetas, que fue caldo de cultivo para estos intercambios epistolares y propició la disposición de ánimo necesaria para que prodigarán datos de modo tan llamativo. Cuando Bary estableció contacto con Larrea en 1953, el vasco rondaba los sesenta. Dada su longevidad, y puesto que las cartas se distribuyen a lo largo de más de un cuarto de siglo, ya tenía bien cumplidos los ochenta cuando escribió la última. A esas edades, incluso cuando uno se encuentra, como en el caso de Larrea, en pleno vigor intelectual y con una buena salud a prueba de estrecheces materiales, siente ya que el trecho de vida recorrido es mayor que el que resta y tiende lógicamente a disponerlo todo de forma que perdure lo que importa cuando no se esté presente. De ahí el afán por narrar experiencias, por preservar y transmitir textos y datos, de ahí el propósito de interpretarlos, de mostrarlos a la luz del sentido que han llegado a tener para quien los vivió o los concibió.

Toda carta es un texto que de algún modo busca su propia coherencia, habitualmente un relato, y en el que operan, por tanto, pautas para seleccionar las informaciones y ordenarlas en una estructura significativa. Incluso la misiva más espontánea dice lo que dice organizando de alguna manera su sentido. Pero las cartas que atienden al presente suelen incurrir en la misma mezcla disparatada de tentativas, proyectos

<sup>2</sup> En mi ponencia «Cartas de memoria: acerca de algunos epistolarios tardíos», leída en el Primer encuentro sobre metodología e investigación de la historia literaria «Memoria de la Edad de Plata», Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 23-25 de abril de 2001. En el momento en que redacto estas páginas, aún inédita.

truncados, ideas en germen o acciones aún no rematadas que caracteriza al vivir, por lo que sus intentos de imponer sentido a ese cúmulo de elementos heterogéneos suelen ser titubeantes, en parte fallidos. Las cartas que narran lo pasado, en cambio, perfilan relatos y sentidos mucho más claros, porque sus protagonistas y narradores han tenido ya ocasión de ordenar las experiencias e interpretarlas en razón de una trayectoria vital que las encuadra.

Estos epistolarios tardíos ofrecen, por consiguiente, interpretaciones más articuladas de lo que fue: en el caso de Prados, la escritura de sus libros, revisados ya en su disposición final; en el de Larrea, experiencias que se anudan en torno a un sentido poético. Aunque proyectan imágenes muy diferentes y hasta contrapuestas de sus autores —el malagueño es el ser humano desvalido que quiere dejar en herencia el fruto de su trabajo creador; el bilbaíno, el profeta al que incumbe transmitir un mensaje y que busca contagiar su certeza y su entusiasmo por la realidad salvadora que se avecina—, ambas son versiones de sí igualmente construidas y coherentes. Reunir datos e informaciones concretas y remitírseles al corresponsal contribuye a elaborar el sentido que estructura el contenido de esas cartas conmemorativas, a completarlo y, al compartirlo, reafirmar su validez. Frente al material en bruto de la existencia que contienen otros epistolarios, los tardíos nos procuran, pues, un material elaborado, una versión del pasado vivido: la concebida por los propios autores. Ofrecen, por tanto, posibilidades de interpretación singularmente ricas, pero han de ser considerados con la prudencia que exige cualquier versión ya fijada de la realidad.

No se trata, claro está, de restar legitimidad documental a las cartas que rememoran lo vivido y lo interpretan en lugar de inscribirlo sin la mediación significativa del tiempo. Sus

informaciones habrán de ser compulsadas con otros documentos y testimonios exactamente igual que las contenidas en misivas que atienden a experiencias contemporáneas a la escritura, pero hay que ser conscientes de que dicha mediación existe y, lo mismo que incita a los autores a recopilar las informaciones, determina el sesgo de su lectura. Prados entendió su obra anterior a la guerra de modo muy distinto en el momento de redactarla y dos décadas después, al integrarla en el «libro» definitivo que tituló *Selección 1959*. Sólo un análisis riguroso puede determinar si esa versión posterior de su propia obra que explican sus cartas a Sanchis-Banús, en la medida en que la revalúa, representa mejor su voluntad de autor acerca de su poesía o no, y su juicio se presta desde luego a discusión.<sup>3</sup>

También Larrea preparó sus poemas para edición cuando llevaba más de tres décadas sin escribir uno y abstraído del todo en sus profecías. Sus preocupaciones intelectuales y sus tareas literarias habían cambiado tanto que para reputarlo poeta en aquel 1966 hay que admitir que lo fue en tanto que profeta de una nueva humanidad. Era, pues, poeta muy distinto al que compuso sus versos entre 1919 y 1932, y su relectura tardía para compilarlos en *Versión celeste* resultó de un concurso de nuevos intereses, descuidos textuales e intención propagandista que he intentado desentrañar en otro lugar.<sup>4</sup> La edición española de 1970 dio lugar a otro epistolario tardío, el cruzado con Vivanco, quien la preparó, aunque, por el breve periodo que abar-

<sup>3</sup> Véase la nueva edición de *Poesías completas* de Prados preparada por Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira (Madrid, Visor, 1999), que modifica sustancialmente los criterios de la primera y no asume los defendidos por el poeta en esa correspondencia tardía. La reseñé en *Mundaiz*, núm. 61, San Sebastián, enero-junio de 2001, págs. 150-153.

<sup>4</sup> Véase al respecto Juan Manuel Díaz de Guereñu, *La poesía de Juan Larrea. Creación y sentido*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1988, págs. 95-123.

ca (de 1968 a 1971) y porque se centra casi exclusivamente en la edición del libro, le cuadra bien la denominación «correspondencia de negocio» que le asigna el mismo Larrea.<sup>5</sup> Ello no obsta para que aporte muchas informaciones acerca de la hechura definitiva del poemario y acerca de la interpretación que de él hacía. Ésta no se corresponde del todo con la que desarrolla Vivanco en su introducción: «el libro en su integridad corresponde a un proceso no literario, sino psico-espiritual», le rebate Larrea. Pero también reconoce la mediación del tiempo en su visión: «De esto no tenía yo conciencia en 1932 cuando escribía, vivencialmente, el último poema del libro, ni en 1936, pero lo sé ahora»<sup>6</sup>. Lo mismo que su poemario, las cartas de Larrea a Bary releen su pasado, pues no sólo recuerdan lo sucedido o transcriben lo escrito, sino que lo interpretan y explican a la luz de lo que el poeta sabe «ahora».

El deseo de imponer su versión de lo vivido, tan evidente en Larrea, que proponía una ajena a nuestros modelos interpretativos habituales, explica en buena medida el impulso de reunir y transmitir informaciones que transparentan sus cartas, pero no del todo. Como se verá, también en ellas encontramos, aunque de modo fugaz, la misma inquietud acerca del destino de su obra que atormentó las de Prados a Sanchis-Banús y que explica su afán por alimentar los trabajos académicos de su corresponsal con nuevos datos. Epistolarios como éste acumulan datos porque los animan expectativas definidas acerca del reconocimiento de la obra de creación a la que tienen por objeto. Su relevancia documental

<sup>5</sup> Recientemente editada por Pilar Yagüe López, «Epistolario inédito de *Versión celeste* (1970). (Correspondencia de Juan Larrea-Luis Felipe Vivanco-Barral Editores)», *Moenia*, vol. 4, Lugo, 1998, págs. 169-233. La denominación citada, en pág. 214.

<sup>6</sup> Carta de Larrea a Vivanco del 15 de agosto de 1970 [«Epistolario inédito de *Versión celeste* (1970). (Correspondencia de Juan Larrea-Luis Felipe Vivanco-Barral Editores)», cit., pág. 216].

depende de esa inquietud y aquel ansia por hacerse comprender, aunque en el caso de Larrea lo dominan sus certezas incommovibles y el deseo de hallar medio de propagarlas.

David Bary (San Francisco, 1924) entabló contacto epistolar con Larrea a comienzos de 1953. Sus raíces familiares más lejanas hablan de unos Bary hugonotes que huyeron de la matanza allá por el xvi y de heroicas predicaciones de ministros calvinistas en el centro y el este de Europa. Los Bary se trasplantaron a Estados Unidos en las postrimerías del xix. Nada en su tradición familiar parecía orientarlo hacia el hispanismo, aparte las simpatías familiares por la República, pero en el Berkeley High School estudió español durante tres años y tenía relaciones familiares, de vecindad y amistad con gentes de origen hispano en Berkeley, su lugar de residencia desde que cumplió once años; entre otros, con el ultraísta Humberto Rivas y el catedrático de Literatura latinoamericana en la universidad, el chileno Arturo Torres-Rioseco, que luego dirigió su tesis. En 1944-1945 pasó año y medio en la ciudad de México y estudió en la facultad de Filosofía y Letras, en cuyas aulas, situadas entonces en un palacio del siglo xvii —calle de San Cosme, 71—, convivió con profesores y alumnos que eran refugiados españoles. Entre ellos, Bary reconoció retrospectivamente a Eugenio Imaz: «es una impresión imborrable de una persona superior que en cierto sentido cifraba para mí, por su persona y por su situación, lo que eran los refugiados»<sup>7</sup>. El descendiente de perse-

<sup>7</sup> Carta de Bary al autor de 1 de agosto de 1990. Bary identificó a Imaz al leer un libro que recopilaba trabajos a él dedicados en el que colaboré y del que le envié un ejemplar: José Angel Ascunze (ed.), *Eugenio Imaz. Hombre, obra, pensamiento*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1990. Tomo estos datos biográficos de la correspondencia que mantengo con él desde hace años.

guidos percibía la herida abrumadora del éxodo y lo difícil del arraigo. En aquella estancia, Bary no supo de Larrea ni de su trabajo en *Cuadernos Americanos*, pero esa impresión previa debió de contribuir a la que le causó el bilbaíno años más tarde.

Por entonces no era, dice, muy estudioso. Su peripecia vital no tiene desde luego la linealidad de una vocación investigadora temprana: tras acabar sus estudios en el Berkeley High School en junio de 1943, fue rechazado en el ejército por problemas de asma e hizo una travesía como marinero en un mercante, antes de inscribirse en la universidad en 1944 y viajar a México. Licenciado en 1948, trabajó en un parque y en una librería antes de decidirse a emprender estudios graduados al año siguiente. Después de obtener su M.A. (1950) en la University of California, se le ocurrió trabajar sobre Huidobro por una coincidencia con Darío y Eliot, otros americanos que antes que él habían ejercido influencia en las poesías española e inglesa, respectivamente. Se avino a dirigir su tesis Torres-Rioseco, aunque detestaba a su paisano Huidobro,<sup>8</sup> y sus investigaciones al respecto le llevaron entre 1952 y 1953 a Madrid y París. Desde Madrid, animado por Gerardo Diego, escribió a Larrea, quien le contestó a París. Luego, ya de regreso a los Estados Unidos, lo visitó en Nueva York de paso para Berkeley.

Larrea residía allá desde 1949: las fundaciones Guggenheim y Bollingen becaron sus investigaciones hasta 1956 y siempre consideró ese periodo uno de los más fecundos para el

<sup>8</sup> La tesis de Bary se tituló *The Poetry of Vicente Huidobro* y la terminó en 1955. Luego empleó sus materiales en varios artículos y en el libro *Huidobro o la vocación poética* (Granada, Universidad de Granada/CSIC, 1963), al que se refieren varias cartas de Larrea. El libro está dedicado entre otros a Larrea, a quien califica de «eminencia gris de la Poesía» (pág. 7), título que Bary reiteró en el envío de *Larrea: poesía y transfiguración* (Barcelona, Planeta, 1976) una década más tarde.



desarrollo de sus concepciones teleológicas. Su optimismo ideológico y vital, que no habían logrado desbaratar las dificultades de toda índole suscitadas por el exilio y por la quiebra de su matrimonio en 1947, se encontraba, pues, en uno de sus momentos culminantes. Y ello a pesar de que sus magros ingresos le forzaban a una austeridad extrema. El propio Larrea hizo referencia a las condiciones de su existencia años más tarde, al narrar su encuentro con Rafael Pineda en 1954: «mi indumentaria era modesta, como correspondía a quien, una vez costeadado el apartamento, tenía que subsistir en Nueva York, sosteniendo a sus dos hijos, con la suma de ciento cincuenta dólares al mes, es decir, con cinco dólares diarios para cubrir todos los gastos previsibles e imprevisibles de tres personas, y así durante siete años consecutivos. Y sin un centavo ni en el banco ni en el horizonte, sin un auxilio familiar al que acudir, ni un palmo de tierra en que caernos muertos». El bilbaíno consideraba estas apreturas el precio que debía pagar «si había de llevar a fondo ciertas investigaciones en el campo de la Cultura, tan importantes, a mi entender, como para justificar semejantes sacrificios»<sup>9</sup>. Larrea dice que no estaba acostumbrado a tales estrecheces, que no había conocido «ni aun en los peores días de mi exilio en México». Debieron de parecerle aún más exigentes porque él se crió y vivió hasta la guerra civil en un ambiente acomodado. Nunca hasta el exilio se había visto en la necesidad de ganarse la vida con un trabajo remunerado.

David Bary lo encontró en «una modesta casa de pisos de la calle West 205<sup>th</sup>», en el extremo norte de la isla de Man-

<sup>9</sup> Juan Larrea, «Un tercero en discordia (sobre el affaire Neruda-Larrea)», *La República*, Caracas, 28 de julio de 1968. Larrea envió el artículo adjunto a su carta del 19 de agosto de 1968. Para las relaciones de Larrea con Pineda y Neruda, véanse también las cartas de 16 de agosto y 20 de octubre de 1962.

hattan y cerca del norte del Bronx, con su aire tranquilo «casi de extrarradio». Así recordó sus impresiones de aquel primer encuentro al describir en su biografía cómo vivía el poeta por aquel tiempo:

Eran edificios de ladrillo, bastante bajos en el contexto de Manhattan, limpios y relativamente nuevos. El barrio, situado muy lejos del típico barullo neoyorquino, no respondía por cierto a la imagen de Nueva York que hubiera podido formarse un forastero, por ejemplo el autor de estas líneas, quien lo visitó en septiembre de 1953.

En esta casa vivía Larrea de manera retirada y modestísima. Sorprendía, en ese barrio anodino, ver el interior del piso, con un hermoso original de Juan Gris, un gran aguafuerte dedicado de Picasso, esculturas de Lipchitz y otros objetos de gran interés artístico y variada procedencia, bellos libros y un ambiente de fronteras culturales. En contraste, trabajaba Larrea sobre una mesa de cocina y acomodaba sus libros y papeles en superpuestos cajones de fruta.<sup>10</sup>

Éste fue el marco del primer encuentro, que siguió a la invitación expresa en la primera carta de Larrea. En cuanto a los protagonistas, las distancias de edad entre ambos debieron de subrayar las intelectuales. Larrea había sido poeta muy apreciado, aunque poco dado a la publicidad, antes de la guerra, ya en el exilio mexicano secretario y animador de *Cuadernos Americanos* y autor de varios libros, y era en aquel momento, a sus cincuenta y ocho años, investigador becado. Bary, aún sin cumplir los treinta, era un joven investigador que acababa de llegar de un largo viaje por Europa con información muy reciente y viva acerca de la vanguardia literaria y artística. Encontrar a aquel poeta del que sabía bien

<sup>10</sup> David Bary, *Larrea: poesía y transfiguración*, Barcelona, Planeta, 1977, pág. 135.

poco pero que merecía el más alto aprecio de un ilustre académico, Gerardo Diego, verlo rodeado de sus Gris, Picasso y Lipchitz, conocer a aquel refugiado con su halo de hombre entregado a sus labores intelectuales debió de resultar punto menos que impresionante. Diego le había ponderado la inteligencia del vasco: él «no entendía las cosas en que Larrea andaba metido ahora, quizá, decía, con esa modestia y cortesía suya, a causa de la diferencia de inteligencia», pero «sabía muchas cosas sobre Huidobro», así que debía escribirle.<sup>11</sup> No es quizá casual que la primera impresión que el poeta le causó coincidiera en buena medida con esos anuncios:

La impresión que me hizo Larrea en persona, sobre todo en Nueva York, fue la de una gran inteligencia puesta por voluntad y también por costumbre al servicio de una cortesía todavía más grande. La inteligencia le permitía no empezar ni siquiera a ofender a alguien más joven y menos inteligente y con mucho menos experiencia que él. Esto es extraordinario en mi experiencia.<sup>12</sup>

Ambos debieron de congeniar, pues en la carta que escribió inmediatamente tras la visita, Larrea le envió fotos, recordó con agrado la conversación mantenida y no dudó en animar a Bary en su trabajo sobre Huidobro, confiando en su criterio más imparcial de extranjero para reparar la injusticia que se cometía con el poeta amigo. Puede compararse este tratamiento con el que Larrea dispensó a Rafael Pineda, según le cuenta a Bary en su carta del 16 de agosto de 1962 o lo describe en su artículo «Un tercero en discordia». El contraste prueba que la actitud personal e intelectual del

<sup>11</sup> Carta de Bary al autor de 21 de octubre de 2002.

<sup>12</sup> Carta de Bary al autor de 3 de octubre de 2002.

universitario le mereció más respeto que la del periodista. Y puede leerse como una huella de la certeza de Larrea de haberle causado una excelente impresión al joven Bary la pregunta que le espeta en esa misma carta, tras comentar la «evidente falta de simpatía» con que Pineda trazó su retrato: «¿Me reconoce usted en él, usted que tuvo parecida experiencia?». Con todo, la correspondencia entre ambos mantuvo en todo momento un grado de formalidad que quizá no excluía los sentimientos amistosos, pero no los *displayó* sino por excepción en confidencias personales. Volveré luego sobre este asunto.

Conviene tener presente, por lo demás, que Bary acudió a Larrea pidiéndole información acerca de Huidobro, lo que implicó a la postre, para el poeta, recordar sus viejos días como autor de versos. Años después, cuando ya Larrea estaba instalado en la Córdoba argentina, reanudó el contacto para interrogarle de nuevo acerca de otra relación, ésta menos grata, la que lo enfrentó con Pablo Neruda. A partir de esta nueva consulta Bary le expresó su interés por «escribir un libro acerca de mi vida y poesía», al que alude Larrea en su carta del 23 de febrero de 1963. Sólo en la del 7 de febrero de 1968 juzgó que quizá era llegado el momento de que el norteamericano emprendiese ese trabajo. Así pues, sus cartas fueron en un inicio más de testigo que de protagonista, aunque siempre se hizo presente en ellas no sólo su puntillosa memoria, sino su visión particular de vidas y obras. Larrea fue un informante preciso y dado al pormenor cuando se ocupó de Huidobro o de Neruda, pero siempre integró sus informaciones en interpretaciones y comentarios muy contruidos que les atribuían determinado sentido, el que deducía de su propia experiencia y a su juicio la esclarecía.

El propio Bary, al analizar tiempo después las relaciones de Huidobro y Larrea, recordó que las primeras cartas de éste contestaron «con un lujo de detalles y precisiones, y en un estilo más para publicado que para confidencia personal, mis preguntas sobre la vida y la obra de Huidobro»<sup>13</sup>. Le sorprendía, pues, la minuciosidad con que Larrea acumulaba datos, según una lógica más propia del investigador que había llegado a ser que del poeta que rememorara episodios vividos junto a su amigo, el fundador del creacionismo. Tras su primer encuentro en Nueva York en septiembre de 1953, Larrea puso su memoria a trabajar, según cuenta el 13 de aquel mes: «Después he procurado puntualizar algunos de los detalles dudosos», escribe, y procede de inmediato a transmitírse los. Esta pauta se repite en varias cartas. Larrea las acompañó además con nutridos anexos documentales que se tomó el trabajo de transcribir y mecanografiar, por lo que he podido compulsar, de modo meticuloso y exacto: en la del 17 de enero de 1954, copió «Venus» de Vicente Huidobro; en la del 16 de agosto de 1962, el artículo entrevista «Juan Larrea y el Nuevo Mundo» de Rafael Pineda; en la del 20 de octubre de 1962, la carta de Huidobro del 5 de julio de 1935; en la del 4 de agosto de 1974, su poema de juventud «Transcarnación»; o, en el colmo de esta laboriosidad de documentalista, en la del 23 de febrero de 1971 incluyó listados bibliográficos acerca de la «Colección J. L.», de sus actividades arqueológicas y de sus poemas publicados en la revista *Grecia*, y la transcripción de una noticia de *ABC*, del poema «Faro» y de parte del discurso que leyó en Valencia en septiembre de 1937.

<sup>13</sup> David Bary, «Huidobro y Larrea: relaciones personales e intelectuales», *Nuevos estudios sobre Huidobro y Larrea*, Valencia, Pre-Textos, 1984, pág. 22.